

Vallejo, insondable

Vallejo

(Notas a una digna edición caribeña*)

I

A los cincuenta de su muerte en París, tuvo César Vallejo, en 1988, su año jubilar marcado con la piedra blanca del recuerdo inmarchito, del respeto perenne ya, de la veneración siempre viva y del multiforme estudio críticamente renovado, sobre la piedra negra de su falta sin fondo. Reuniones de torrenciales torres, simposios de tibios asnos complementarios, congresos de profesores de sollozos, de rectores de los capítulos del cielo, de técnicos en gritos, de alumnos leyendo en su naipe, de tilos rumorosos junto al Marne, de libros al borde de su cintura muerta, de volúmenes al son de un alfabeto competente, prosa fluvial de llanas lágrimas, de suplicantes gradas, de fatídicos teléfonos, de grandes corazones de madera, de hermanos san pedros, heráclitos, erasmos, espinozas, tristes obispos bolcheviques, al cabo, al fin, por último, la lógica, los linderos del fuego, la despedida recordando aquel adiós...

II

Félix Grande hace llegar ahora a mis manos, de prestado —vallejianamente—, una edición nueva de la *Poesía completa* del Cholo para que escriba, y sobre la que escribo, estas notas, porque cariño y amistad tiernamente obligan.

Tengo ante mí otras ediciones completas, más o menos completas de forma inevitable. Su presencia unánime y simultánea hace que la nueva edición se presente y se

* César Vallejo: Poesía completa, Editorial Arte y Cultura / Casa de las Américas, Ciudad de La Habana, 1988, CXXIV-404 páginas, 23,5 × 16 cms.

identifique marcando cercanías y distancias, acuerdos y desacuerdos, diseño y vestimenta exterior, pretensiones y frustraciones, norte y sur, dólares y dolores, humildad y fortaleza, ataúdes diferentes para un mismo cadáver vivo.

Aquí está la segunda edición (1953) de Losada, precedida de las atemperadas páginas de César Miró y del más difundido apunte pictórico picassiano del Cholo —muerto ya éste—, detalle que no raramente se olvida.

Aquí está la edición de Moncloa (1968), con prólogo de Américo Ferrari, con los «apuntes biográficos» de Georgette, con los facsímiles de los originales manuscritos de *Poemas en prosa*, *Poemas humanos* y *España, aparte de mí este cáliz*, y con abundantes placas fotográficas de Vallejo: edición básica, fundamental.

Aquí está, con rutilante carrocería y estudio prologal de Juan Larrea, la edición de Barral Editores (1978), que recoge «Poemas juveniles» y ofrece una sarta de adimículos crítico-bibliográficos cuya lectura, naturalmente, se ha ido quedando, en parte, desmembrada con el tiempo, si bien otros conservan una vigencia definitiva ya.

Aquí está ya sin aspavientos pero grávida de eficacia y con parto feliz bajo los cuidados de Enrique Ballón Aguirre, la edición de Ayacucho-Galaxis (1979).

Aquí está la edición crítica de Archivos (1988), coordinada por el omnipresente Américo Ferrari y exhibiendo, como entremés de un índice apetitoso —condigno de la internacional teoría heráldica de logotipos que por sí solos causan un respeto imponente—, esa menesterosa papela que da fe de un puñado de errores y de erratas y la da también de un apresuramiento de difícil explicación.

Aquí está... Bueno, aquí está, también con su gavilla amarillenta de «erratas o errores advertidos», y con su Vallejo picassiano, la edición de Casa (1988), espuela de estas líneas mías.

Casa de las Américas publicó por primera vez la *Obra poética completa* de César Vallejo en 1965. Lanzó una segunda edición en 1970 y, ahora mismo, al escribir estas líneas, acaricio la tercera edición, de 1975, de humilde apariencia azul y verde y en tipografía de comodísima lectura, a la que nos introduce un breve prólogo de Roberto Fernández Retamar, levemente escorado a una ideología discutiblemente aplicable borde a borde a Vallejo en cuanto a poeta.

La edición por la que aquí me intereso puede y debe ser considerada por mí a niveles descriptivos, como resulta lógico. Trataré, pues, de informar descriptivamente, objetivamente, a mi lector acerca de cada uno de los dos grandes bloques que conforman el libro, a saber: el «Estudio introductorio», de Raúl Hernández Novás, y el «Texto» poético vallejiano que se ofrece. Adobaré la información con algunas apreciaciones personales, siempre críticamente objetivas, sobre cada bloque y al hilo de su exposición.

1) El estudio introductorio. Confieso honestamente no conocer escrito alguno de Raúl Hernández Novás —ni sobre Vallejo ni sobre ningún otro campo— anterior a éste. Este escrito es largo: 124 páginas que tratan, en desigual extensión, dos cuestiones: la primera se refiere a las ediciones de la poesía de Vallejo y a los criterios metodológicos adoptados para preparar ésta; la segunda se titula «Vida de un poeta».

Respecto a la primera cuestión. Parte el crítico de la constatación de la diversidad de ediciones de la poesía de Vallejo. Afirma de ellas que «se resienten de irregularidades» (p. VII) y manifiesta el deseo, legítimo, de que ésta —la suya— «subsane los errores de los precedentes y dé al lector una información básica sobre los poemas y sus diversas variantes» (p. VII). Señala las ediciones en las que la suya se basará: Moncloa, Barral Editores y Ayacucho, «las más importantes de la poesía de Vallejo» (p. VII). Apunta, en nota, que, estando ya en prensa este libro suyo, ha aparecido la edición de Archivos.

Considera Hernández Novás la obra poética de Vallejo «dividida en cuatro cuerpos mayores: *Los heraldos negros* (1919), *Trilce* (1922), *Poemas humanos* (1939) y *España, aparta de mí este cáliz* (1939)» (p. VII), no atendiendo a la autonomía de *Poemas en prosa* ni a la importancia propedéutica de los poemas anteriores a *Los heraldos negros*, poemario este del que afirman que «de las obras de Vallejo es la que menos dificultades textuales presenta» (p. VIII). Aprovecha la marcha para poner de manifiesto las que él estima deficiencias de las ediciones anteriores a la suya, dando de paso contundentes juicios de valor en apoyo de la opción metodológica por él elegida y aplicada. El texto base adoptado para *Trilce* es el de la edición príncipe (Lima, 1922): apoyándose en él, ataca la edición madrileña de 1930, ¡que también fue preparada por Vallejo!, y hace un escasamente rentable excursus sobre la manera que el Cholo tenía de usar los signos de puntuación.

Sí me parece productiva la minuciosa operación selectiva y crítica a la que somete poemas y obras (pp. XI ss.), aunque de ella no salgan bien paradas otras ediciones ni los criterios de Georgette, en especial respecto a la ordenación (?) cronológica de los poemas de *Poemas humanos*.

La afinidad temática que adopta como criterio de orden es, a todas luces, discutible, y más cuando la razón de fondo que aduce es de talante ideológico, en concreto «la exaltación proveniente de las ideas marxista-leninistas por parte de Vallejo» (p. XVIII).

Por mi parte, desde siempre rechacé este aspecto porque capitiidismínuye, a mi juicio, el valor entitativamente poético de la obra del Cholo. El tiempo transcurrido y los avatares sociopolíticos últimamente acaecidos confirman, de forma implacable, mi convicción de años atrás, con lo que la calidad de los poemas no precisa hoy ser enfocada desde una perspectiva nueva porque nunca tuvieron otra que la universal que Vallejo les dio, superando —como era su deber en cuanto a poeta— la coyuntura particular de la realidad asumida en cada caso, fuera ella familiar, fuera social o fuera política: Vallejo fue revolucionario —y lo sigue siendo—, pero, en cuanto poeta, nunca a niveles de acción directa, sino a otros niveles más profundos del lenguaje mismo en cuanto «revolucionario», invertido, recreado y transformado. Por ello, tan «revolucionario» es hoy *España, aparta de mí este cáliz*, como puede serlo en el momento concreto de su escritura y en lugar concreto en que sus poemas aterrizaron, y fueron leídos: el cronotopo de la poesía de Vallejo desborda el tiempo y el espacio histórico porque está armado/construido como un artefacto estético, con capacidad

para desafiar victoriosamente ese espacio y ese tiempo y transmutarlos en un tiempo y en un espacio ahistóricos, panhistóricos y, por tanto vigentes sin fisuras en un gran presente, permanente, puntual y deslizante, como corresponde al tiempo y al espacio de toda creación lírica que lo es de verdad.

De no ser así, ¿cómo leer hoy a Vallejo?, ¿para qué leerlo? Las respuestas son tan cegadoras como la luz, y nadie, a no ser que esté aún cegado por la ideología, puede ni siquiera planteárselas respecto a Vallejo: su obra nunca ha necesitado de «perestroika», pero a algunos de sus lectores les haría falta no ocultar —y lo hacen ideológicamente, contra la evidencia de la verdad misma— que la «perestroika» es un fenómeno irreversible. Siempre me ha irritado y entristecido la figura de un Vallejo manipulado ideológicamente, pero hoy esa manipulación me parece una alienación injustificable por parte de quienes aún siguen defendiéndola y una injusticia descarada, perpetrada contra los honrados vallejianos que son sorprendidos arteramente en su buena fe, una buena fe que, en esencia, no es otra cosa que la creencia ingenua —pero no infantil— en un Vallejo auténticamente poeta, y nada más. La autopsia *in vivo* que hace Hernández Novás de *España, aparta de mí este cáliz* (p. XIX) es, sencillamente, alucinante...

Pero todo queda aclarado —y de forma diamantidamente más dura y cortante que la que en las líneas precedentes he empleado yo— cuando el crítico-prologuista escribe, a cara descubierta: «El estudio introductorio de esta edición tiene un carácter divulgativo y persigue el fin de familiarizar al lector, sobre todo, con el trasfondo biográfico de la obra de Vallejo, de modo que pueda verse su evolución como hombre y artista, así como la progresión de su pensamiento (...) La importancia de la poesía de Vallejo, el modo en que ésta se enraíza en su vida y se imbrica con su pensamiento, y la necesidad de conocer en trayectoria humana, a veces desestimada e ignorada, excusan quizá la extensión de este ensayo» (p. XX). Estas palabras pueden parecer inocentes, y serlo, para el no iniciado; pero no lo son, por el simplísimo motivo de que quien las escribe es un iniciado, un especialista, un crítico, y, por tanto, sabe que una cosa es el sujeto-escritor y otra el sujeto-lírico, que una cosa es la información y otra la interpretación, que una cosa es la significación y otra el sentido, que una cosa es la textualización indiscriminada y otra la concreción actualizada, que una cosa es la realidad asumida y otra la realidad textual elaborada, que una cosa son las vivencias (propias o no) y otra la expresión verbal de esas vivencias, que una cosa es la realidad histórica y otra la poesía... Todo esto, y más, lo sabe el crítico; pero lo calla, al menos en dosis sustanciales.

¿Cómo, entonces, explicar que, muerto Vallejo, su poesía siga viva? Sin las distinciones hechas no hay explicación mínimamente válida de tal hecho a niveles críticos. Como ocurre que —por suerte o no, eso es insignificante— la poesía de Vallejo sigue viva, tiene uno la fundada sospecha de que el crítico (?) pretende darnos gato por liebre, Vallejo en fiambre por una poesía tan fresca hoy como el primer día, sin aditivos ni colorantes ideológicos. Conocemos muy bien cuáles son las dogmáticas astillas que se desprenden de determinados troncos ideológicos, secos y polvorientos...

La segunda cuestión. El «Estudio introductorio» se centra en lo que Hernández Novás titula «Vida de un poeta» y que llena, apretadamente, las páginas XXVII a CXXIV. Me ocupo de la cuestión con necesaria brevedad.

Salvo detalles esporádicos, la biografía de César Vallejo que se nos ofrece no difiere gran cosa de la que puede encontrarse en cualquier otro libro de cierta entidad escrito sobre el Cholo. Verdad es que el crítico-biógrafo ya se ha curado previamente en salud diciendo que «no existe una biografía satisfactoria del poeta» (p. XX), pero, a mi juicio, él no hace avanzar ni un paso la investigación en este sentido: repite tópicos —no todos verdaderos—, acude caudalosamente (como los demás) al imprescindible libro de Juan Espejo Asturrizaga; parece querer dar importancia vital a oníricas sensaciones infantiles sexuales de Vallejo; evidencia un especial interés por acercarnos a un Cholo joven, alegre y jaranero; subraya el ostracismo en que es arrojada la poesía primera del peruano; descubre en algún poema juvenil «un curioso antecedente de la temática obrera de su poesía» (p. XLI); enfatiza el nacimiento de las condiciones históricas de una protesta social antimperialista; aprovecha un hecho anecdótico para exponer la vieja teoría doctrinal de la no justificación de la intervención de los países acreedores para exigir a los deudores el pago de la deuda externa (p. XLII); concluye que la conciencia de la injusticia social y la posibilidad de un mundo más fraterno llevarán a Vallejo «al cabo a la militancia revolucionaria» (p. XLIII) —por supuesto, el nombre «fiesta de la Raza» es absurdo, y los indígenas fueron sojuzgados (p. XLIII)—, se detiene en la enumeración de amores de Vallejo y en la descripción tópica de su tortuosa trayectoria; va esbozando un retrato psicológico que, a mi entender, no añade trazo nuevo alguno al que, archierosionado por el tópico rutinario, circula por ahí; al mismo tiempo, va haciendo surgir la figura «profesional» de Vallejo: estudiante, profesor, fugitivo crónico, propagandista tímido de su propia obra poética, carente de sentido económico-práctico, editor de sus propios poemas...

El estudio, intercalado, de *Los heraldos negros* y de *Trilce* quiebra la línea biográfica, pero es —aunque, tal vez, fuera de lugar— lo más sólido de «Vida de un poeta», y, según creo, muy digno de ser tenido en cuenta.

El viaje difinitivo a Europa y los trabajosos avatares de su vida pobre en recursos y rica en penalidades de todo tipo, y en soledad, son descritos objetivamente, aunque, en la línea impuesta al libro entero, son destacados los hechos y elementos doctrinales e ideológicos que llevarán a Vallejo a las puertas del marxismo, a la reivindicación anticolonialista y a la defensa de lo latinoamericano, del indoamericanismo (p. LXXXVI ss.); pero se señalan también «los hitos perdurables de su pensamiento: la identificación con los problemas más vitales del hombre, el consecuente reclamo de una literatura humana, la crítica a lo más percedero de los movimientos de vanguardia y a su imitación tardía y mimética por parte de los escritores del nuevo continente, y el americanismo no cerrado a lo que él entiende que puede ser un verdadero aporte a un nuevo espíritu» (p. LXXXVII). Las relaciones eróticas de Vallejo son estudiadas con sagaz y convincente sutileza (pp. XCXCI), proporcionando al lector un rasgo im-